en aquella ciudad, le dijo, que en cosa de tanto momento como era perder un hijo primogénito y un hijo tal, queria fiarse de su juicio, y tomar su consejo; pero que antes que se le diese, deseaba que en su presencia examinase á Luis en su vocacion, y juntamente le propusiese lo más viva y eficazmente que supiese las razones todas en contrario; porque si esto hacia, él le daba la palabra de hacer lo posible por quietarse. Aceptó el Padre el partido por satisfacer á aquel príncipe, y llamando allí á Luis, le estuvo examinando una hora entera con mucha seriedad, y le puso los argumentos más fuertes que se pueden poner para probar el espíritu de uno, y ver si la vocacion es buena ó no; y en el particular de la Compañía le dijo tanto, y le propuso tan grandes dificultades, cuanto jamás se han puesto á nadie para entrar en ella; y, lo que es más, lo decia con tantas veras, que no parecia que le quedaba otra cosa; de suerte que Luis (como él me contó despues en la Religion) comenzó á sospechar que hablaba de veras. Como tenia tanto concepto de aquel Padre, le dió que pensar por un rato, porque nadie le habia tocado aquellas teclas, ni hablado en aquella materia tan *ex propriis,* como él decia, como le habló aquel Padre. Con todo esto respondió con tanto señorío, y soltó los argumentos y dudas, no sólo con razones, sino con autoridad de la sagrada Escritura y de los Doctores; de suerte que el Padre quedó no sólo edificado, sino espantado de verle tan bien fundado en su vocacion, y tan versado en la Escritura y en los Doctores sagrados; y así le pareció que debia de haber leido lo que de aquella materia escribe santo Tomás en la Suma: tan propias y ajustadas eran las respuestas y razones que daba. Al fin el Padre maravillado prorumpió con estas palabras: Sr. D. Luis, V. S. Ilma. tiene mucha razon; la verdad es todo cuanto ha dicho, no se puede dudar; yo quedo bien edificado y satisfecho. Que no poco le consoló á Luis, por ver que en lo pasado el Padre no habia hablado de veras, sino sólo por probarle.

El Marqués, enviando á su hijo, confesó que quedaba convencido de que aquella era una grande vocacion de Dios, y luégo se puso á contar la santidad grande con que Luis habia vivido desde niño, y dijo que él no queria impedirle, sino dejarle en buen hora que entrase religioso. Poco despues se volvió á Castellon, y dejó órden que, en concluyendo Luis con

cierto negocio, se volviese tambien para efectuar la renunciacion. Con esto él se dió la priesa posible por concluirle, pareciéndole cada hora mil años, por verse ya fuera del mundo y libre de sobresaltos.

CAPÍTULO XIV. XI.

Cómo Luis fué primero á Mantua á hacer los ejercicios espirituales, y despues á Castellon.

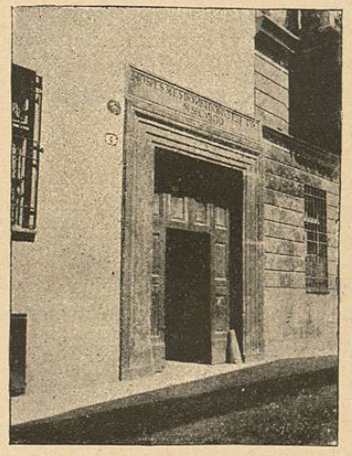
Llegándose ya el tiempo de volver á Castellon, temiéndose Luis, por lo que en Milan le habia pasado, que se levantaria quizá otra nueva borrasca, escribió antes de salir de Milan una carta al Padre General de la Compañía, llena de espíritu y fervor. Dábale en ella cuenta de sus trabajos, y pedíale consejo en lo por venir, y juntamente licencia, para en caso que el Marqués pusiese nuevos impedimentos, ó buscase nuevas largas para entretenerle sus deseos, irse de hecho á alguna casa de la Compañía, ya que á todos constaba bastantemente la verdad y bondad de su vocacion. Al Padre General, si bien le tuvo mucha compasion, y le daba gran pena verle en aquel aprieto, no le pareció que era bien romper con el Marqués, efectuando aquel negocio sin su licencia; y así respondió á Luis, que por todos caminos la procurase, porque sin duda esto era lo que convenia á la gloria de Dios, y su bien particular y al de toda la Compañía.

Rindióse Luis á este parecer, y saliendo de Milan antes de ir á Castellon, se fué á Mantua, donde, parte por su consuelo, parte por confirmarse en su vocacion, y armarse contra los asaltos que temia, quiso hacer los ejercicios espirituales del santo Padre Ignacio en el colegio de la Compañía. Era esto por el mes de julio del año de 1585, á tiempo que aguardaban cada dia en Mantua la venida de aquellos señores japónes, que por aquel tiempo vinieron de tan remotas partes á Roma por embajadores, á reconocer y reverenciar la Silla de san Pedro, y besar el pié y dar la obediencia al Sumo Pontífice, vicario de Cristo, en nombre de sus reyes y de todos los cristianos de aquellos reinos. Habian ya hecho su embajada y oficio, primero con Gregorio XIII, que era pontífice cuando llegaron á Roma, y despues con Sixto V,

que le sucedió, y fué electo estando ellos en Roma, y volvíanse á sus tierras. A la vuelta trazaron su viaje por la casa santa de Loreto; y habiendo andado buena parte de Lombardía, llegaron por el mes de julio á Mantua, donde fueron recibidos del duque Guillermo y del príncipe D. Vicencio su hijo, con extraordinaria honra y magnificencia real. A este tiempo, pues, cuando de todas partes concurrian á ver las fiestas y los embajadores, de cuya vista quedaban espantados con la novedad, y daban mil gracias á Dios, nuestro Luis, no curándose de otras vistas ni fiestas, quiso más estarse retirado y solo; y yéndose al colegio en lo récio de los calores, se estuvo dos ó tres semanas encerrado en un aposento bien pequeño, gastando todo el tiempo en oracion y meditacion con tanto fervor, que no perdia ni un momento, que no orase ó vocal ó mentalmente, ó leyese algun libro espiritual.[43] Su comida fué tan poca aquellos dias, que casi se puede decir que no comió nada; y los que le llevaban de comer no sabian cómo podia pasar con tan poco sustento.

Comenzó á darle los ejercicios un Padre muy práctico en aquel ministerio, y muy entendido en materias de espíritu, por haber sido veinte y cinco años rector y maestro de novicios de la provincia de Venecia.[44] Con este hizo Luis una confesion general de toda su vida, con gran sentimiento y ternura: con que dejó al confesor bien edificado y maravillado de su rara virtud, como él confesó en una carta, y despues lo testificó con juramento, examinado en Noveralla por el vicario del obispo de Reggio; que, preguntado si sabia que el santo Luis habia sido un mozo de vida perfecta y adornada de muchas virtudes y dones espirituales, respondió estas palabras: «Sí, señor, que lo «sé, no sólo por lo que oí hablar de él á nuestros Padres, sino «mucho más por lo que supe de un mancebo muy virtuoso, «que era su camarero secreto, que le escribia las lecciones, y «era como su compañero en las cosas de estudio. De éste «supe la rara penitencia, el retiramiento, los actos señaladísi-«mos de virtudes y vida tan santa que hacia. Lo sé tambien «por camino más cierto, porque en el mismo tiempo se me «ofreció ocasion de tratar con él, y servirle en darle los ejer-«cicios espirituales de la Compañía, á fin de conocer mejor su «vocacion á la Religion; porque decia él que el Marqués su «padre deseaba que se examinase y conociese bien. Con esta

«ocasion le confesé generalmente, y por más que lo he pen-«sado, no hallo que se pudiese sacar de su confesion cosa que «se pueda decir pecado grave; pero sí muy muchas de grande «edificacion y maravilla, argumentos de su mucha virtud y san-«tidad. Lo que yo sé decir es, que de aquella confesion quedé «con gran concepto de su santidad, inocencia y pureza, y por «tal le he tenido siempre y predicado.» Yéndose despues este Padre de aquel colegio, por no sé qué ocurrencia, prosiguió



Casale di Monferrato. Entrada de la casa que fué morada del padre de S. Luis, D. Ferrante, y su familia.

La inscripcion dice:
HOSPES SI ES DOMINI, DOMVS EST TVA: SI SECVS, ITO.
(Véase el libro I, cap. 6.)

los ejercicios con otro, con el cual tambien se confesó muchas veces, y éste del mismo modo depone, que reparó en él con admiracion una singular pureza, devocion, humildad, mortificacion y otras virtudes. Estando aquí, quiso ver las constituciones y reglas de la Compañía; y habiéndolas visto y leido, dijo que no hallaba dificultad en todas ellas. Al tiempo de irse, pidió una copia de los ejercicios de la pasion, para poder usar de ellos en su casa más á menudo.

Al fin se fué á Castellon, con intento en llegando de dar priesa al Marqués sobre su negocio; pero despues, por no desabrirle, se estuvo algunos dias sin hablarle en este punto, esperando á ver si metia él la plática. En el ínterin hacia una vida santísima y estrechísima, con espanto del palacio y de todo el pueblo. Si alguna vez salia de la fortaleza, iba siempre con los ojos bajos, levantándolos sólo para saludar á los vasallos que le hacian reverencia, porque en esto era muy cortés, llevando de ordinario el sombrero en la mano. Cuando iba á misa á la iglesia, aunque siempre le ponian sitial con tapete y almohada de terciopelo, y lo mismo á su hermano, el cual conforme á su calidad lo tomaba; pero él jamás en la iglesia usó de almohada ni tapete, sino con ambas rodillas se arrodillaba en el mismo suelo, y allí se estaba inmoble las horas enteras con los ojos bajos, oyendo misa, despues rezando el oficio, ó teniendo oracion mental; y las fiestas y domingos en especial (en que siempre comulgaba) se estaba dando gracias tan de espacio, que el Sr. Rodolfo su hermano se salia á hacer ejercicio, y á cabo de rato cuando volvia lo hallaba todavía en la misma postura. Iba siempre á las Vísperas, y en ellas nunca se sentaba, sino siempre se estaba de rodillas, con edificacion del pueblo. En casa no dejaba punto de sus ayunos y oraciones, y por la mayor parte se estaba solo en su aposento, sin hablar con nadie, pasándose muchas veces algunos dias sin hablar en ellos apenas una palabra. Las que hablaba eran ó de cosas necesarias ó espirituales; y solia él decirnos, que más hablaba en la Religion en un dia, que en el siglo en muchos meses, y que si le ocurriese alguna vez volver á su casa, tenia necesidad de estar muy sobre sí, por no escandalizar á los que le habian conocido seglar, que pensarian que habia entrado en la Religion á desencogerse y relajarse. Lo cual es más de espantar á los que le conocimos en la Religion, y vimos el sumo rigor con que guardaba el silencio, sin quebrantarle jamás, si no es cuando los superiores, por divertirle algo de los ejercicios mentales, le mandaban hablar. Aumentó tambien por este tiempo las penitencias, de suerte que de pura flaqueza no parecia que se podia tener en pié.

No hay duda, sino que en esta materia excedió, llevado de su fervor, el cual le hacia pensar que podia hacerlo; y como no tenia otra guia ni superior, gobernábase por el

dictamen de su fervor, y soltaba la rienda á sus deseos. Por esto la señora Marquesa su madre, entre las otras razones que daba al Marqués para que le diese la licencia que pedia, era una esta, que si le tenian en casa, sin duda le perderian de todo punto; porque no era posible durar mucho con aquel modo de vida, y así mejor era que entrase en Religion, donde los superiores cuidarian de él, y le moderarian aquellos fervores indiscretos, y él se hallaria obligado á obedecerlos; y como ella lo dijo, así sucedió. Por eso solia él decir, que la Religion, no sólo le habia sido buena para el alma, sino tambien para el cuerpo, por la caridad de los superiores, que, como él decia, habian puesto freno á sus indiscreciones.

Por este mismo tiempo puso nuevo cuidado en encaminar y aficionar á sus hermanitos los más pequeños á cosas de devocion y virtud: enseñábales cómo habian de orar; y para que lo hiciesen con más gusto, dábales despues de la oracion algunas conservas, y hacíales otros regalos. Entre todos sus hermanos, mostró siempre más amor á D. Francisco (que al presente es marqués de Castellon, y sucedió por muerte de su hermano Rodolfo, á los 3 de enero de 1593), ahora fuese porque por la edad era ya más capaz de sus buenos consejos, y daba muestras de más reposo y asiento, ó quizá porque (como algunos piensan) sabia ya Luis el bien grande que le hacia de venir á su casa y Estado por medio de aquel señor.

Solia contar la Marquesa su madre á este propósito, que estando un dia Francisco, que á la sazon era muy niño, traveseando y gritando con los pajes, oyéndolo ella se asomó á la puerta, y dijo á Luis que con ella estaba: Temo no le hagan mal á aquel niño; respondió Luis: No tiene que temer V. E., que Francisco se sabrá defender: antes le digo, y repare en esto, que Francisco ha de ser el que ha de sustentar nuestra casa: en las cuales palabras reparó mucho la Marquesa, y se han cumplido tan bien, como lo saben los que vieron las tragedias pasadas, y ven ahora el estado en que él la ha puesto. Y en este particular de decir las cosas antes que sucediesen, el Sr. Pedro Francisco del Turco, su ayo, testifica, que avisó muchas cosas á sus vasallos en diferentes ocasiones siendo seglar, las cuales se cumplieron despues puntualmente, como él las habia dicho.

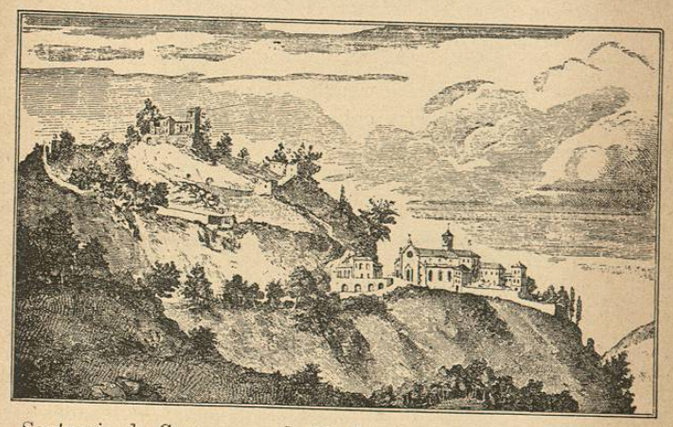
CAPÍTULO XV.

De las nuevas dificultades que tuvo con el Marques en Castellon.

Habian ya pasado algunos dias sin que el Marqués le hablase palabra en el negocio de la Religion; por lo cual, con la gana que tenia de concluirlo, se determinó él á hablar, y un dia con buena ocasion le pidió la palabra, acordándole que ya era tiempo de cumplir sus deseos. El Marqués, viéndose obligado al sí ó al no; apretado de la priesa que le daba, dijo que no sabia que le hubiese dado jamás tal palabra, ni pensaba darla hasta que la vocacion madurase con el tiempo, y él tuviese edad y fuerzas para ejecutarla, como seria á los veinte y cinco años poco más ó menos. Antes dijo, si se queria ir, que se fuese en buen hora, pero que entendiese que no seria con su licencia, ni le miraria más como á hijo. El pobre Luis, con esta respuesta tan diferente de lo que él esperaba, quedó medio muerto; y comenzó de nuevo, ya con quejas, ya con plegarias, á hacer instancia y pedir á su padre no le hiciese tal agravio. El Marqués se estaba en sus trece, y decia que no le daria tal licencia. Luis, viendo la cosa en tan mal estado, tomó tiempo para pensarlo; fuése á su aposento á hartarse de llorar, con intento de encomendarlo á Dios de nuevo, y de escribir al Padre General, pidiéndole consejo.

Pero fué tanta la priesa que le dió el Marqués á que se resolviese, que no pudiendo aguardar el consejo del Padre General, hubo de resolverse á responder de esta manera: Que si bien en esta vida no le podia suceder cosa que más sintiese, y que más le perturbarse la paz de su alma, como el dilatarle la entrada en Religion á servir á Dios; pero para dar gusto al Marqués su padre, á quien despues de Dios deseaba sumamente servir y agradar (principalmente teniendo órden del Padre General para tentar los medios todos que pudiese en órden á haber licencia de su padre, en cuanto no fuese con ofensa de Dios y contra su conciencia), venia de buena gana en que se dilatase por dos ó tres años, pero con dos condiciones, de las cuales cualquiera que faltase, él no podria con

buena conciencia faltar á Dios por dar gusto á su padre, y así se veria obligado á irse por el mundo contra su voluntad (si los Padres de la Compañía no quisiesen recibirle), antes que faltar un punto á su conciencia. Las condiciones eran: la primera, que en este tiempo que se dilataba su entrada en Religion, habia de residir en Roma, donde mejor pudiese conservarse en su vocacion, y atender con más comodidad á sus estudios. La segunda, que el Marqués desde luégo diese la licencia para aquel plazo, y se lo escribiese al Padre General de la Compañía, porque no hubiese despues nuevas dificultades.



Santuario de Crea, cerca de Monferrato, en tiempo de S. Luis.
1. Ruinas del Castillo Bardellona. — 2. La Torre del Diablo. — 3. Ruinas de la antigua fortaleza. — 4. Posada de los peregrinos. — 5. Basílica y Convento.
De una litografía de Godio, «Cronaca di Crea» p. I. pag. 14 y 15.
(Véase el libro I, cap. 6.)

Mucho se alteró el Marqués con estas condiciones, y por dos dias se estuvo rehacio, no queriendo atar ni señalar plazo, ni salir á cosa de lo que pedia: al fin, vencido de la constancia de Luis y de la justificacion de su causa, y temiendo de irritarle y darle ocasion de hacer alguna novedad más costosa, se dejó doblar, y vino en todo lo que se le pedia; de lo cual dió luégo aviso Luis al Padre General, diciéndole las razones que le habian obligado á venir en aquel partido con su padre, y añadiendo otras cosas que mostraban bien lo mucho

que sentia aquella dilacion. Andaba aquellos dias el santo mozo triste y desconsolado; lloraba amargamente su desgracia de haber nacido tan noble y mayorazgo. Tenia una santa envidia á los que en menor fortuna se hallaban sin esos estorbos para entrar en la Religion y servir á Dios. Pero aquel Señor, que es consuelo de los afligidos y oye los ruegos de los atribulados, cuando menos se esperaba abrió camino al consuelo, cortando de un golpe los estorbos, para que su querido Luis alcanzase ya el fin de sus deseos. Porque, comenzándose á tratar de cómo habia de estar en Roma, el Marqués deseaba que viviese en casa del cardenal Vicente Gonzaga,[45] y trató con el duque Guillermo que escribiese al Cardenal que estaba en Roma, y el Duque, por la aficion grande que tenia á Luis, se ofreció muy de gana á hacer aquel oficio; pero naciendo despues no sé qué diferencias entre el Duque y el Marqués sobre cuál de los dos habia de escribir primero, no queriendo ninguno comenzar por algunos respetos, la cosa se quedó así, y no se hizo nada. Y parece que fué particular providencia de Dios, á lo menos Luis por tal la reconocia; porque si el Duque por gusto del Marqués hubiese escrito al Cardenal, parecíale á él que hubiera entrado en una nueva servidumbre, de que en muchos años no supiera desenredarse.

Deshecha, pues, esta traza, dió el Marqués en otra, de que estuviese su hijo en el Seminario Romano, con vivienda aparte para sí y para algunos criados, como convenia á la calidad de su persona, y allí con el cuidado y enseñanza de la Compañía podria atender á sus estudios hasta el tiempo señalado. Por ser esto contra las reglas de aquel Seminario, y cosa que hasta entonces no se habia hecho con nadie, por poder mejor alcanzarlo envió persona propia á Roma con cartas para el Ilmo. Sr. Escipion Gonzaga,[46] para que él lo tratase con el Padre General, y lo procurase recabar de él. Hizo aquel señor el oficio que se le encargaba, con muchas veras; pero oyendo las razones que habia para no concederlo, quedó convencido, y se lo escribió al Marqués. El, todavía con esperanza de salir con su demanda, deseaba que Luis se lo pidiese á madama Leonor de Austria, duquesa de Mantua, para que ella, como señora á quien tanto debia la Compañía, con su autoridad lo alcanzase del Padre General. Luis se excusó muy cuerdamente, diciendo que á él le estaba peor que á nadie solicitar

este negocio, por redundar en daño espiritual suyo, y en menoscabo de su buena reputacion; pues podria alguno sospechar, que ó habia habido mudanza en sus buenos propósitos, ó á lo menos se habia resfriado en ellos; principalmente habiendo pocos meses antes pedido él con tanta instancia el favor de la misma madama, para que se despachase con brevedad

Milagrosa imágen de N.ª S.ª de Crea,
visitada frecuentemente por S. Luis, durante su estancia en casale di Monferrato.
(Véase el libro I, cap. 6.)

su renunciacion en la corte del Emperador. Finalmente, esta segunda traza tampoco pudo cuajar.

Mientras se buscaba otra, Luis cobrando alguna esperanza aumentó las penitencias, ayunos y oraciones; comulgaba siempre á esta intencion, pidiendo á Dios con instancia que se sirviese de quitar de una vez tantos estorbos. Un dia en particular, habiendo estado con estas ansias cuatro ó cinco horas en oracion, se sintió movido interiormente con particular fuerza

para ir á su padre, que estaba en la cama por la gota, y hacerle instancia de nuevo por la licencia. Pareciéndole que aquella fuerza interior que sentia era de Dios, con instinto especial del Espíritu Santo, cobró ánimo, y levantándose de la oracion, vase derecho al aposento del Marqués; puesto allí, con grande seriedad y eficacia le dijo estas palabras: Padre y señor mio, yo me pongo totalmente en manos de V. E. para que disponga de mí á su gusto; pero yo le protesto, que Dios me llama á la Compañía, y que en resistir á esto resiste á la voluntad de Dios.

Dichas estas palabras, sin detenerse ni aguardar respuesta, se salió al punto, dejando atravesado al Marqués, de suerte que no pudo hablar palabra. Revolvió luégo en su imaginacion lo mucho que hasta entonces habia resistido á su hijo, y vínole escrúpulo, si acaso habia ofendido en ello á Dios. Por otra parte, arrancábasele el alma en privarse de un hijo tal. Con estos afectos contrarios y tan fuertes se comenzó á turbar y congojar de suerte, que vuelto á la pared derramaba rios de lágrimas, sin poder por un gran rato hacer otra cosa que llorar y suspirar tan récio, que todos los del palacio estaban á la mira, deseando saber la causa de aquella novedad.

Al cabo de un gran rato hizo que le llamasen á Luis, y venido que fué, le dijo estas palabras: Hijo, tú me has atravesado el corazon, porque yo te quiero, y siempre te he querido como tú mereces, y en ti tenia fundadas todas mis esperanzas y las de toda nuestra casa. Pero pues Dios te llama como tú dices, yo no te quiero estorbar. Ve, hijo mio, donde quisieres, que yo te doy licencia, y te echo mi bendicion. Dijo esto con tal ternura y sentimiento, que de nuevo volvió al llanto, sin que le pudiesen acallar y consolar. Luis, despues de haberle dado brevemente las gracias, se salió del aposento por no desconsolarle más con su presencia, y vuelto á su cuarto, se encerró á solas: allí postrado en tierra con los brazos abiertos y los ojos en el cielo dió gracias á Dios por la inspiracion que le habia dado, y por el buen suceso de ella. Allí se ofreció á Dios todo en holocausto con tanta dulzura, que no se podia hartar de alabarle y bendecirle por tantas mercedes.

CAPÍTULO XVI. XII.

Renuncia últimamente el Estado.

Apenas habia dado el Marqués la licencia tan deseada de Luis, cuando corrió la voz por todo Castellon, y causó en los vasallos el sentimiento y dolor que era razon, como se veia por las lágrimas que abundantemente lloraban. Porque los pocos dias que se detuvo allí antes de partirse, las veces que salia por el lugar, corrian todos, hombres y mujeres, á las puertas y ventanas á verle y reverenciarle, y luégo comenzaban á llorar con tal ternura, que le hacian enternecer. Todos le llamaban santo, y se lamentaban de no haber merecido tener un señor tan santo que los gobernase. Algunos, que tenian más entrada en palacio, llegándosele un dia con lágrimas en los ojos, le dijeron: Sr. Luis, ¿por qué nos deja V. S. I.? Tiene un Estado tan bueno, unos vasallos tan rendidos, que á más del amor ordinario que se tiene al príncipe natural, tienen particular devocion y afecto á su persona: de ella teníamos todos pendientes nuestro gusto y nuestras esperanzas; y cuando ya íbamos á gozar el fruto, y aguardábamos que tomase el gobierno, ¿nos deja de esta suerte? Luis, medio riendo, les respondió: Sabed que voy á conquistar una corona en el cielo, y que es muy difícil cosa salvarse un señor en palacio; no se sirve bien á dos señores, á Dios y al mundo; yo quiero asegurar mi salvacion; haced vosotros otro tanto.

No veia ya la hora de salir de casa de su padre para irse á la de Dios; pero fuéle forzoso detenerse algunas semanas, parte por aguardar á la Marquesa su madre, que volviese de Turin, donde habia ido á visitar la Serma. Infanta duquesa de Saboya, parte tambien para concluir con el negocio de la renunciacion, porque era órden del Emperador que no se otorgase sin hallarse presentes los parientes más cercanos de la casa de Gonzaga, que á falta de la línea del Marqués podian tener derecho por algun título á suceder en aquel Estado; y por estar estos señores en Mantua, el Marqués, aunque no estaba del todo bueno, por no desacomodarles, quiso ir allá. Al salir de Castellon con Luis, no sólo hubo lágrimas de los criados que quedaban en palacio, sino un llanto comun en